

El retorno del trabajo y la emergencia de lo precario

Martin De Mauro Rucovsky

Desde el último cuarto del siglo XX, y entrado el siglo XXI, las transformaciones del capitalismo tardío a nivel global se caracterizan por un régimen de acumulación del capital más flexible en los procesos productivos, en los mercados de trabajo, en las cadenas industriales y en las atmósferas de consumo. Al tiempo que se incrementan los flujos de la información, emergen nuevos mercados de valores, sectores financieros y nuevas maneras de proveer servicios, se intensifica la voluntad innovadora y el gobierno molecular de la vida –nanotecnología, biología genética y microbiología celular–. Estas mutaciones están signadas por la nueva razón del mundo neoliberal, esto es, la hegemonía financiera que domina la lógica acumulativa del capital.

Efectivamente, la valorización del capital supone la internacionalización de las actividades productivas y las finanzas. La producción de mercancías se fragmenta y desterritorializa en conjunto con nuevas estrategias empresariales que influyen en la organización y contratación de la fuerza de trabajo. Esta vieja neoconfiguración productiva y modelo de gestión/organización del trabajo (llámese postoyotismo, neofordismo, capitalismo flexible o régimen de trabajadores polivalentes) implica un deterioro sistemático y generalizado de las condiciones de trabajo, formas crecientes de desigualdad social, un alto grado de inseguridad y la pérdida del salario. Inspiradas en la ecuación toyotista-japonés de aumento de la productividad y reducción de costos, este modelo de gestión del trabajo recurre a la subcontratación de ciertas actividades con el propósito de amortiguar los imprevistos de la coyuntura y los efectos de los ciclos de negocios. Así, en la cadena de trabajo intervienen pequeñas empresas asociadas o subcontratistas en las que es difícil distinguir quién trabaja para

quién. Bajo este paradigma se establece una forma de contratación con un horizonte temporal de corto a mediano plazo y en efecto, la estabilidad en el empleo se vuelve más frágil.

En este modelo de tercerización y subcontratación existe un marcado determinismo tecnológico por el cual se establecen los estándares de eficiencia, así como el trabajador es responsable por el logro de esos estándares. Bajo esta modalidad de contrato flexible, la relación entre sujeto y organización es más autónoma, y de allí que se configure un trabajador con iniciativa, capaz de asumir riesgos (la figura de actor-agente-empresario). El sujeto trabajador es, antes que un empleado pasivo, un sujeto de cálculo, inversión, interés propio y ganancia. Por ello, el sujeto deviene funcional a las lógicas empresariales del mercado y, en términos más amplios, todas las esferas de la vida y de lo social se estructuran desde lógicas económicas.

La contratación precaria de la mano de obra es una pieza clave que garantiza la productividad y rentabilidad de las empresas.¹ No obstante, la tercerización y el trabajo subcontratado esconden otro fenómeno, que es el desempleo estructural *in crescendo*. Desde este análisis parte la “nueva crítica del valor”, formulada en Alemania por el marxista Robert Kurz, como así también Anselm Jappe, el grupo *Krisis y Exit!*. La producción de riquezas y de valor, asegura esta crítica, está disociado –cada vez más– del uso de mano de obra humana por causa de la tercera revolución industrial, la microtecnología y el sistema de créditos. Como resultado de la maquinaria tecnológica que reemplaza al trabajo vivo, existe una tendencia endémica de la producción del trabajo a extinguirse. Más bien, se trata de un proceso de simulación del sistema de crédito y los mercados financieros en donde el capital puede acumular sin trabajo y la forma pura del dinero puede seguir garantizando la explotación del valor.²

¹ Ver V. Basualdo y D. Morales *La tercerización laboral: orígenes, impacto y claves para su análisis en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014 y V. Basualdo, A. Esponda, G. Gianibelli, y D. Morales, *Terciarización y derechos laborales en la Argentina actual*, Buenos Aires, Página12/UNQ/CELS/FLACSO, 2015.

² A. Jappe “El lado oscuro del valor y del don”, en *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, La rioja-España: Edit. Pepitas de calabaza, 2011.

La transformación del esquema de gestión y organización del trabajo supone no solo un efecto indeseado –desempleo estructural que deviene orgánico– sino antes bien un síntoma generalizado: el trabajo, en cuanto valor de toda relación social, está llegado a sus límites absolutos. La sociedad del trabajo de masas, fundada en un imaginario de nostalgia fordista y en una ética del sacrificio-esfuerzo-orgullo (“el trabajo dignifica”), no está pasando por una crisis orgánica y temporal sino asomándose a su ocaso definitivo. En sintonía con la tendencia faústica de nuestros tiempos –desmaterialización o descorporización de la tecnología–, todo trabajo inevitablemente se desvanece en el aire. Y este es, acaso, el vaticinio de la <nueva crítica del valor>. Los distintos esfuerzos por ampliar el concepto de trabajo, no solo desplazan su larga agonía sino que además encubren un estado de bienestar social en descomposición. De allí se explica el último grito de auxilio con el que la sociedad reacciona ante la muerte del tótem: queremos trabajo!

Una consecuencia resulta decisiva aquí: no hay auxilio válido ni agenda política alguna, ética protestante, movimiento obrero y organización sindical que logre salvar a este difunto. Y más aún, insisten desde la nueva crítica, la centralidad y elogio del trabajo tampoco conduce a un horizonte emancipador. El programa de una liberación del trabajo, esto es, la emancipación a través del trabajo –vale recordar el lema de Auschwitz “Arbeit macht frei”– es una vía necesariamente engañosa puesto que presupone una ontología esencializante del trabajo. En ese sentido, el trabajo estaría lejos de constituir la realización de “la esencia del hombre” (*animal laborans*) ni mucho menos un principio opuesto al capital. Si el proletariado será, en los imaginarios revolucionarios, aquel sujeto capaz de desalienar el trabajo y reconducirlo hacia su utilidad colectiva; aquí, por contrario, el portador –por excelencia– de la explotación del capital es el valor-trabajo. El empleo de fuerza de trabajo supone la multiplicación tautológica e infinita del dinero y, de la manera que sea, la mercancía se convierte en dinero y el dinero en nuevo trabajo (trabajo y capital se hallan, desde el inicio, en coimplificancia mutua). El trabajo junto con el valor, el dinero y la mercancía son, en este sentido, la especificidad negativa del capitalismo

moderno.³ En otros términos, el trabajo domina la esfera de la economía al tiempo que impregna todas las esferas de la vida como *forma social total*, o en términos kantianos, como principio de *síntesis a priori*.

Hasta aquí lo esbozado responde a una posible genealogía de la lógica del capital de acuerdo a las coordenadas del norte global. Esta es, a grandes rasgos, la historia reciente de las políticas de austeridad y la descomposición del estado benefactor en Europa y EEUU bajo la inflexión neoliberal. Con distintas resonancias, aquí se hace referencia a un horizonte normativo de lo político y lo social (pleno empleo, dignidad de la vida humana, universalidad de las protecciones sociales básicas) en plena erosión. Ese proceso que se aceleró luego de la crisis de 1973, cuando el dólar estadounidense perdió el respaldo de la convertibilidad en oro que le otorgaba la Reserva Federal de Estados Unidos. Y sobre todo, a partir de la crisis de liquidez, créditos hipotecarios (el conocido fondo de inversión Lehman Brothers y Merrill Lynch & Co), mercado inmobiliario, empresas aseguradoras y posterior derrumbe financiero de 2007-2008. Vale agregar, la posterior recesión en EEUU durante el período 2008-2012 que contribuyera a la crisis de deuda soberana en distintos estados europeos.

No obstante, en el contexto de tradiciones políticas y culturales en América Latina, podemos situar otra genealogía de los procesos de acumulación del capital. Incluso más a partir de la llamada nueva hora latinoamericana y los distintos proyectos nacionales y populares signados por políticas neodesarrollistas, un retorno al estado social de bienestar y la ampliación de derechos civiles. En este escenario, la revitalización del estado significó también un *retorno al trabajo*. En otros términos, la ampliación de las agencias de estatalidad estuvo acompañada, sin lugar a dudas, por una insistente política de promoción del trabajo y sus respectivas garantías legales.

Frente a este escenario, ubicado en los amplios márgenes de la patria grande, los interrogantes son otros. Antes que anunciar el fin del trabajo como valor y su desacierto como programa político (grupo *Krisis* y la

³ Cfr. AA.VV. “Manifiesto contra el trabajo.” Grupo *Krisis*, 1999. Versión on line: www.krisis.org/1999/manifiesto-contra-el-trabajo.

nueva crítica), es la cuestión del *retorno* –siempre incompleto, siempre espectral– la que constituye, pues, el desafío. ¿Qué se hace con la vasta tradición social construida alrededor del trabajo y su universo simbólico, por antonomasia, la tradición obrera? ¿De qué modo retorna el trabajo en cuanto mecanismo y matriz de subjetivación-sujeción? ¿De qué modo se lo reinstaura como horizonte social? ¿Bajo qué modalidades específicas se lo elogia y reinstala? Y pareciera que esta recuperación marca el signo de un horizonte necesario: no podemos no querer más trabajo.

Sin embargo, lo que ha ido creciendo a la sombra del trabajo –ya sea su retorno o muerte definitiva– es un sector difuso entre el trabajo regular y el eventual. Sector que participa en el mercado de la economía secundaria –si es que participa de algún modo– y que transita imperceptible por debajo de la sociedad oficial de consumo. De allí se explican estas biografías laborales inestables e inseguras –vale mencionar apenas dos materiales recientes, *Alta Rotación. El trabajo precario de los jóvenes* de la argentina Laura Merandi, publicado en 2009 y *Salario mínimo, vivir con nada* del colombiano Andrés Felipe Solano publicado en 2014– que reflejan un *nuevo sentimiento vital de precariedad*. En este paisaje social en Latinoamérica, debemos señalar una mutación de la materia sensible; acaso un desplazamiento, desde la centralidad de la figura del trabajador a la figura indeterminada y maleable del precario. Precarización significa algo más que puestos de trabajo inestables vinculados al trabajo asalariado. Aquí nos referimos no solo al ocaso de la sociedad del trabajo, antes bien, se trata de la emergencia de condiciones precarias de vida en cuanto gobierno de la vida y de los cuerpos.⁴

Precario es, sin duda, el trabajo informal y las mutaciones en la cadena productiva, las nuevas formas de reproducción del capital, sus condiciones materiales bajo la indexación neoliberal.⁵ Pero también lo precario son modos de vida, cuerpos económicamente superfluos, una nueva con-

⁴ G. Giorgi, *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.

⁵ Frassanito, Network “Precarious, precarisation, precariat?” en *Mute*, 9 January, 2006. Version on line: <http://www.metamute.org/editorial/articles/precarious-precariation-precariat>

figuración y producción de subjetividad, una reorganización de materias, sentidos y posiciones de sujeto, un nuevo mapa sensible y afectivo o un principio organizador mediante el cual somos gobernados (*precarización como gubernamentalidad*) y llegamos a gobernarnos a nosotros mismos (la precariedad como subjetividad). Los procesos de precarización complejizan esa distinción fundamental que habita en el imaginario político moderno entre vidas a proteger, futurizar e inmunizar y las vidas abandonadas, arrojadas al desamparo y la eliminación. En este sentido, el término precariedad hace referencia a la expansión y diversificación de relaciones de dominación, violencia y desigualdad estructural.

La noción de precariedad es un catalizador de sentidos –un nudo magnético– que incluye diversas perspectivas críticas, cada cual con sus matices y sus direcciones: desde ontologías de la vulnerabilidad corporal (Judith Butler), la reformulación de la categoría clase (como “nueva clase peligrosa” por Guy Stand o “clase afectiva” por Lauren Berlant), nuevas modalidades de gubernamentalidad neoliberal (Isabel Lorey), ecologías políticas (que pueden rastrearse en *De ganados y de hombres* de Ana Paula Maia, *Siete casas vacías* de Samanta Schweblin o el trabajo etnográfico de Anna Lowenhaupt Tsing sobre la recolección de hongos Matsutake), la recomposición del universo de la subjetividad (Ignacio Lewkowicz en *Pensar sin estado*), la gestión de atmósferas represivas (*¿Quién lleva la gorra?* del Colectivo Juguetes perdidos) o también una forma de organización política (la experiencia de “Precarias a la deriva” en España).

Las subjetivaciones que se le asocian al precario no son nuevas en latinoamérica, aunque quizás se vuelven inteligibles de una nueva manera: vendedores ambulantes, telemarketers, trabajadores de call centers, trabajadores culturales y cognitivos, el trabajador *freelance*, la cuidadora doméstica y babysitter, pueblos originarios invisibilizados, el enfermo crónico, las amas de casa y los servicios de limpieza, los inmigrantes emprendedores y comerciantes,⁶ los trabajadores clandestinos e ilegales,

⁶ Según detalla Verónica Gago alrededor de la economía informal y barroca de las ferias. Véase V. Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta y Limón, 2014.

los adolescentes que limpian parabrisas o los malabaristas en semáforos, los guardias de seguridad privados, los cartoneros y recicladores, entre tantos otros. Sin embargo, la figura modelo son los productores, creativos y trabajadores culturales⁷ puesto que eligen tales condiciones de trabajo y de vida precarizada porque creen de modo paradigmático en su propias reglas de libertad, estilización y autonomía, por sus fantasías de autorrealización de sí –*Self Precarization*–.

La inseguridad latinoamericana

En su sentido más ecuménico y laxo, lo precario se compone de inseguridad y vulnerabilidad, de incertidumbre y exposición. El contrapunto suele ser la protección, la (auto)inmunización contra todo aquello percibido como amenaza y peligro. Desde un punto de vista genealógico, la lógica de protección frente a la inseguridad y la amenaza se halla en la génesis misma del liberalismo y la modernidad secularizada de occidente (el estado Leviatán de Hobbes por ejemplo). La “cultura política del peligro”, habita en el corazón mismo de la teoría de la soberanía y la biopolítica, como amenaza e invasión de la enfermedad, la sexualidad, la criminalidad o la impureza frente a la cual se generan distintos mecanismos de inmunización. En este sentido la propiedad también forma parte de la lógica de protección autoinmunitaria puesto que “fue introducida en las primeras fases de la dominación burguesa como protección contra la inconmensurabilidad de la existencia social”.⁸ Es más: tales modalidades remiten a las fantasías de autogobierno soberano sobre la condición precaria de los cuerpos y del conjunto de la vida. Como dicen Isabell Lorey y J. Butler a partir de McPherson, el “individuo propietario” surge en el contexto del imaginario burgués y liberal como voluntad de dominio para reducir la

⁷ I. Lorey, “Governmentality and Self-Precarization On the normalization of cultural producers”, en *EIPCP* (European Institute for Progressive Cultural Policies), 2006. Versión on line: <http://eipcp.net/transversal/1106/lorey/en>

⁸ Ver I. Lorey, *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*, Madrid, Traficantes de sueños, 2016, p.3.

“propia” condición precaria.⁹ Para este fin, el sujeto se ve interpelado en la necesidad de modelarse y diseñarse a sí mismo (de forma libre y autónoma). Y desde allí se proyecta una fantasía recurrente en todo imaginario (neo)liberal, se pretende un cuerpo y una vida separada e inmunizada del tejido de relaciones –materiales, biológicas, sociales, tecnológicas– que lo hicieron posible. El individuo libre, autónomo y autosuficiente, se ve obligado a producirse a sí mismo a través de relaciones consigo mismo (la propia vida, el propio cuerpo, el propio sí mismo), en el sentido de vínculos creativos y productivos de eso viviente que se torna maleable y procesable.

Al mismo tiempo, la salvaguarda frente a la inseguridad social y la exposición, esto es lo precario, ha sido el cometido histórico del Estado social de bienestar del siglo XX. Aquí puede leerse aquel viejo sueño desarrollista asociado al estado de bienestar, la ampliación de derechos, la universalidad de las protecciones sociales, la reducción del desempleo y la cobertura sanitaria, etc; con distintos alcances y limitaciones, vale mencionar la máquina simbólica del peronismo en Argentina, el *Estado Novo* de Getúlio Vargas en Brasil, la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile, la Revolución Nacional de Víctor Paz Estenssoro y la corta presidencia de Juan José Torres González en Bolivia y por supuesto las presidencias tempranas de José Batlle y Ordóñez (1903-1907/1911-1915) en Uruguay.

De esta suerte, en el pasaje del liberalismo disciplinar al neoliberalismo de las sociedades postayloristas, asistimos a un arte de gobierno basado en la inseguridad, lo precario y lo inmune. La precarización, bajo las actuales coordenadas, es un proceso que no solo subjetiva –produce sujetos– sino que es una técnica de gobierno que produce inseguridad en tanto preocupación central del sujeto. Hemos llegado a un *estado de inseguridad* en el cual los sujetos se reconocen, desde el inicio, en la precariedad e incertidumbre y es por ello que pretenden gestionar, responder y autopro-

⁹ J. Butler, “Precarity Talk” en *TDR: The Drama Review*, New York University and the Massachusetts Institute of Technology, 2012. J. Butler *Dispossession: The performative in the Political. Conversations with Athena Athanasiou*, USA, Polity press, 2013. I. Lorey, op.cit. 2016. C.B. McPherson *La teoría política del individualismo posesivo: De Hobbes a Locke*, Madrid, Trotta, 2005.

tegerse (gobierno de sí).¹⁰ En este sentido, las condiciones estructurales de las sociedades neoliberales vuelven necesario desarrollar técnicas de autoformación (autoayuda, coaching ontológico, mentoring, guías espirituales para autosuperación, etc.) para reducir el desamparo de una condición existencial precaria. Si en la génesis del individualismo posesivo liberal nos encontramos con un régimen de propiedad y dominio (de la vida, del propio cuerpo, de la animalidad de la persona, de la fuerza de trabajo) la subjetividad neoliberal se constituye como dominio soberano de la propia precariedad (constitución del *self* precario). En este caso, uno es responsable no solo del cuerpo declarado propio sino de la gestión empresarial-estratégica sobre la salud, la enfermedad o incluso las condiciones y la infraestructura.

En términos de técnicas gubernamentales, la cuestión no estriba tanto en impedir y terminar con la amenaza (estar expuestos a la contingencia, lo abismal, la falta de garantías) o en prometer resguardo social y seguridad. Antes bien, se trata de entender precisamente cómo la precarización se transforma en un instrumento normalizado, mediante la regulación del mínimo de protección (derechos sociales, asignaciones presupuestarias, gasto público), la gestión de atmósferas y umbrales mediante la inseguridad social. El arte de gobernar en la sociedad neoliberal parte de la condición precaria y se convierte en instancia de gestión, cálculo y decisión de acuerdo a racionalidades políticas heterogéneas y fragmentarias.

De nuevo, en el contexto de tradiciones políticas y culturales en América Latina, y más aun en la larga década de la nueva hora latinoamericana, podemos situar otra genealogía, otras discusiones y vocabularios sobre los procesos de precarización de la vida. O mejor, ¿cómo situar la emergencia de condiciones de vida precaria a partir no de la tradición anglo-europea (que piensa desde la crisis financiera global y el ocaso del estado de bienestar) sino desde la más reciente restauración conservadora neoliberal, el triunfo de “la vida de derecha”¹¹ y el ocaso de los proyectos polí-

¹⁰ I. Lorey, op.cit. 2016.

¹¹ La vida de derecha es concebida en la posdictadura, de 1984 hasta hoy, como parte de la victoria subjetivante de la dictadura: “que la vida sigue”, que nunca se interrumpe, pase lo que pase. La vida de derecha es el sueño de una vida sin problemas, un modo de vida regular en donde se mata banalmente el tiempo, por descuido, para

ticos (el *dayafter*) en Latinoamérica? Ensayemos una respuesta. Si hay algo que tiñe y caracteriza este decálogo, atlas, mosaico o cartografía de lo precario es su procedencia estética y cultural. Ciertos recorridos de la cultura de las últimas décadas traen a la superficie, al horizonte de lo visible, en ese registro –que funciona como una pedagogía de lo sensible– una insistencia, acaso un síntoma que no cobró suficiente relevancia, “precariedad que nunca se llegó a problematizar de fondo”,¹² o fue tardíamente advertida, en las agendas y programáticas del *retorno* al trabajo. Al menos desde los 90s, uno de los impulsos más persistentes que han recorrido la cultura argentina, y brasilera es la interrogación sobre aquellos cuerpos que devienen superfluos (prescindibles), las técnicas del abandono, la desposesión radical y la precarización neoliberal.

Desde la saga de las ficciones sobre villas y asentamientos, *La villa* de César Aira (2001), el documental de Santiago León y Marcos Martínez *Estrellas* (2007), *La virgen Cabeza* de Cabezón Cámara (2009), *La 31. Una novela precaria* de Ariel Magnus (2012), hasta *El aire*, de Sergio Chejfec (1992), *El trabajo* de Aníbal Jarkowski (2007), *El traductor* de Salvador Benesdra (1998), *La boliviana* de Ricardo Strafacce (2008), *La intemperie* de Gabriela Massuh (2008) o la película *La mujer de los perros* de Citarella y Llinas (2015). También *O quieto animal da esquina* de João Gilberto Noll (1991), *Guia Afetivo da Periferia* de Marcus Vinícius Faustini (2009) o la estética forense de Berna Reale en *Quando todos calam* (2009) y *Sem título* (2011). Y vale agregar *Ramal* (2011) de la chilena Cyntia Rimsky. En ese recorrido, el tema de la precariedad no solo se declina como figura –sinónimo de carencia e inestabilidad– sino también como *procedimiento a explorar*: no tanto el dato constatativo o el reflejo de un paisaje social sino como operación que fundamentalmente produce opacidad, extrañamientos, modulaciones de una rareza que aún no sabemos codificar. Se trata de una distancia respecto de nuestros repertorios

no aburrirse, porque la lógica de la imagen o su simulacro así lo exigen. S. Schwarzböck, *Los espantos. Estética y postdictadura*. Buenos Aires, Cuarenta ríos, 2016.

¹² Colectivo juguetes perdidos *¿Quién lleva la gorra? Violencia. Nuevos Barrios. Pibes silvestres*, Buenos Aires, Tinta y limón, 2014, p.80.

imaginarios y nuestras tradiciones culturales: la condición precaria es una operatoria expansiva que desclasifica repertorios, identidades y lenguajes alrededor de I. El trabajador (feminización y precarización femenina) y II. Los presupuestos humanistas (relación entre lo humano y los vivientes).

1. El primer trabajador

En la empresa fordista el sujeto busca y la organización le provee seguridad en el empleo. Existe un contrato que establece no solo las jornadas de tiempo completo y garantías legales, sino también la relación del trabajador con la empresa y el empresario. En este esquema contractual, el control de la fuerza de trabajo se apoya en el disciplinamiento vertical y subordinación ante la jerarquía (capataz, supervisor). De esa forma, la sociedad industrial modeló el cuerpo –maquinizado– del trabajador destinado a alimentar los engranajes de la producción.

Con base en esta estructura de comando y decisión piramidal se instaura, a través de diversas estrategias de ortopedia social, una fuerte división entre tareas de concepción y ejecución, con puestos fijos de trabajo donde queda eliminada toda iniciativa y autonomía.

La densidad simbólica y la solidez material del trabajo se sostenía en una suerte de compromiso mutuo, el trabajador automotriz compraba el vehículo que producía, círculo tautológico que vinculaba el *trabajo a la totalidad de la vida* (el trabajo-todo), el consumo y la propiedad a través de una ética: esto es mío porque lo gané (lo compré) con esfuerzo y sacrificio.

En lo que atañe al registro liberal, el cuerpo dócil es proyectado en el orden de la propiedad individual que se debe vender como fuerza de trabajo. A su vez, el trabajo permitía –aun en su rechazo o devenir vagabundo– reconocer y ser reconocido en su carácter. La cultura del trabajo contribuyó a una fuerte identificación, presuntamente homogénea, alrededor de una voluntad colectiva, ya sea en su dimensión épica y celebratoria (la importancia de la fiesta jubilosa, deportiva y masiva durante el peronismo) o en el rito de pasaje a la forma sindical. Como en la película de Hugo

del Carril *Las aguas bajan turbias* de 1952, inspirado en la novela *El río oscuro* (publicada en 1943) por el comunista Alfredo Varela. Allí, el trabajador semiesclavo se hace visible en la lucha de los mensúes (trabajadores de los yerbatales) hacia una forma colectiva –una incipiente organización sindical–.

Axioma ordenador de la vida social, el trabajo asalariado y el estado social de bienestar conjuraban –y a su vez contenían– el afuera, la intemperie o la desprotección. Lo amenazado y protegido corresponde, directamente, al trabajador varón, blanco y heterosexual –figura honorable de la que quedaban excluidos indígenas, sujetos queer, mujeres, etc–, y sus relaciones laborales que sostienen el orden económico de la familia nuclear. En materia de cultura del trabajo la direccionalidad es unívoca: “de casa al trabajo y del trabajo a casa”. El revés de la protección estatal del trabajador moderno son las masculinidades patriarcales protectoras y la necesaria garantía social y jurídica de la dominación en la esfera privada. Se trata de una verdadera regulación biopolítica del género con los modos de subjetivación que se conjugaron en torno a la separación sexual del trabajo, esto es, una esfera del valor productivo y otra del no-valor: de un lado, sujeto a una lógica lineal e histórica, la actividad mercantil se asocia a la masculinidad (esfera de lo público, lo exterior y político), y del otro, la esfera de la reproducción, lo doméstico privado, la familia, el hogar y la intimidad, actividades no-mercantiles que se ligan con los valores femeninos. Aquí las tareas no productivas incluyen no solo la limpieza, higiene y cocina, la educación y docencia –ámbito feminizado por excelencia– o el cuidado de los mayores sino también la *reserva afectiva-erótica* de la ama de casa para con el esposo. Esta lógica biopolítica no solo divide las esferas de modo complementario –la ama de casa y el padre trabajador– sino también jerárquicamente. Ese ámbito, de lo doméstico femenino –figura de madre, esposa y ama de casa–, aún cuando se presente desbordado, sigue estando marcado como signo de inferioridad y, en lo que atañe a sus cualidades, desvalorizado.¹³

¹³ S. Federici, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

Sin embargo, las nociones mismas de exterior e interior, como su correlato de masculinidad y feminidad, la llamada teoría de las dos esferas, se vio expandida y complicada durante el paisaje político de la sociedad de posguerra. Frente a la restauración de la segregación sexual que promovía al hombre trabajador a dejar la casa nuclear en manos femeninas, se produjo un proceso de politización, redefinición de las tradicionales fronteras de género y mercantilización de la vida privada. Podríamos decir que, de modo semejante, “el despertar de la conciencia doméstica del Playboy”¹⁴ habría afectado a los modos de organización de la domesticidad masculina, del espacio interior heterosexual y de la vida afectiva. El pasaje de lo privado en lo público y de la producción de la interioridad en dispositivo técnico de visibilidad (por excelencia, la masificación de la pornografía), supuso también una regulación posdoméstica del género y del cuerpo. Precisamente en un momento en el que las mujeres han ganado acceso al espacio público y profesional y se realiza una transferencia de espacios de autonomía. En este sentido, la feminización del trabajo y su correlativo, la precarización femenina es un sintagma expansivo desde donde se trazan e interrogan otros modos de autonomía y desde donde la precariedad puede desencadenar un nuevo advenimiento, como en la novela *La intemperie* de Gabriela Massuh (2008), la crónica *Alta Rotación* de Laura Merandi (2009) o la película reciente *La mujer de los perros* de Citarella y Llinás (2015).

2. Laburar como bestias, como animales

El trabajo conserva un sedimento o lastre histórico que Alejandro Kaufman¹⁵ rastrea en la etimología del vocablo *látigo*: el azote remite al castigo y la tortura corporal del esclavo, en la imposición del trabajo forzado en las plantaciones y en las colonias (que son los primeros campos

¹⁴ P. Preciado, *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la Guerra Fría*, Madrid, Anagrama, 2010, P. 31-60.

¹⁵ A. Kaufman, “Alrededor del dinero. Fragmentos sobre biopolítica”, en *Confines*, N°11, Año 2002.

de experimentación biopolítica siguiendo a Achille Mbembe). El cordel remite también al mango de cuero u otra materia con que se aviva y tormenta al animal. En su origen disciplinario y productor de cuerpos dóciles, el trabajo proviene de un sedimento colonial y racial que se ha erigido en la sombra del imaginario humanizante y etnocéntrico del trabajador. Y agrego por lo bajo, el largo relato histórico sobre la cultura del trabajo tampoco distingue formas de sujeción humanas, el trabajo es dolor, amenaza y sujeción corporal tanto para humanos como para *los animales* (no-humanos) *que forman parte de la clase trabajadora*. Reconocer a los otros animales como miembros de una misma clase y por ello como fuerza de trabajo supone considerar toda la labor no remunerada de los animales en la cadena de producción sobre el que se ha construido el trabajo y la sociedad humana.¹⁶

La historia moderna del trabajo y el consiguiente proceso de industrialización es también la historia de la domesticación antropocéntrica de la labor. Una posible genealogía del trabajo debería incluir aquel imperativo que se mantiene como sedimento histórico acerca del trabajo como destino, esencia y ley natural del animal humano (*animal laborans*). De allí su humanidad intrínseca que delimita un determinado espacio de lo común, “humanos son aquellos que trabajan”. Historia de largo aliento, la reificación del trabajo como presupuesto humanista no considera aquellos animales no-humanos que hacen posible la vida misma. Desde animales de labranza (bueyes, vacas, perros) hasta los comestibles (gallinas, vacas de nuevo, pollos, cerdos, cabras, etc) o también los “animales en compañía”,¹⁷ de servicio o de confort (perros lazarillos, monos para tratamiento de cuadriplejía y agorafobia, cabras para distrofia muscular, gatos o caballos, etc)¹⁸ no queda en claro por qué los animales no-humanos no serían parte de esa condición precaria común –y por generalidad, de lo común y de nuestras concepciones de lo colectivo–.

¹⁶ J. Hribal, *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos*, Madrid, ochodoscuatro ediciones, 2014.

¹⁷ D. Haraway, *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness*, Cambridge, Prickly Paradigm Press, 2003.

¹⁹ R. Skloot “Creature Comforts”, en *New York Times Magazine*, 31 de Diciembre de 2008.

Lo que emerge en textos como *De gados e de homems* (en español, *De ganados y de hombres*) o *Entre Rinhas de Cachorros e Porcos Abatidos* de la escritora brasileira Ana Paula Maia es una comunidad que ya no pasa por el lazo entre los seres humanos sino que tiene lugar, primordialmente, entre lo humano y lo no-humano, lo orgánico e inorgánico, lo natural y lo tecnológico: son muchos animales, según detallamos, cuya explotación laboral y muerte los vuelve una suerte de paradigma de la vida precaria.

En *De ganados y de hombres*, Maia explora una línea ambiental alrededor del matadero y en su interior se explora el vínculo entre los trabajadores del frigorífico y las vacas. El trabajador del frigorífico que es, por excelencia, la figura del obrero bajo los procesos de industrialización incipientes. El trabajador del frigorífico que también es el trabajador explotado e hiperprecarizado de nuestros tiempos. En efecto, en la narrativa de Maia nos encontramos con una modulación de la precariedad que no responde a la forma estrictamente humana.¹⁹

En ese matadero –*Touro do Milo*– la gestión política del medio ambiente afecta directamente la vida y la supervivencia de los cuerpos. Aquí la violencia se liga ya no con un enfrentamiento político fundacional –como en *El matadero* de Esteban Echeverría– o con una salida redentora. Antes bien se trata de un tipo de violencia incorporada a la lógica misma del trabajo y asociada directamente a procesos de precarización ambiental y ecológica. Lo que importa es que la relación entre los vivientes es una relación de interdependencia con el medio en que viven. Y en ese contexto, la precariedad ambiental, el hábitat biocultural y la nueva modulación de la explotación ponen en juego la sostenibilidad misma de las vidas por igual:

A ese mismo río todos los mataderos de la región lanzan sus toneladas de litros de sangre y vísceras de ganado [...] Se llama Río de las moscas y, desde que los mataderos crecieron en la región, conocida como Valle de los Rumiantes, sus aguas limpias se inundaron de sangre. Todo tipo de

¹⁹ M. De Mauro Rucovsky “Mirada de la vaca y precariedad animal”, en *Bazar americano*, septiembre-octubre 2016, Año XI, N° 58. Versión on line disponible: <http://www.bazaramericano.com/resenas.php?cod=625&pdf=si> (revisado 23/9/16)

cosas y materias fueron depositándose en el fondo del río: materias orgánicas e inorgánicas. Humanas y animales²⁰

Debemos decir, lo precario es –en la narrativa de Maia y por generalidad en nuestras tradiciones culturales– un terreno que inevitablemente se comparte con otros animales o vivientes, y que involucra las condiciones que hacen posible la vida misma (todos los factores químicos, espaciales, térmicos, virales, bacteriológicos y nutritivos, como así todas las prácticas sociales, políticas, psicológicas, estéticas y económicas). En este sentido debemos decir lo precario nos constituye sin embargo no es el rasgo distintivo del animal humano. Precario no es el sujeto –el trabajador del frigorífico *Touro do milo*, por tomar un caso–, es un saber afectivo, sensitivo y biocultural que pertenece a la vida del cuerpo, algo que se comparte con el resto de los vivientes, en su afirmación y agenciamientos, siempre al límite de su supervivencia.²¹

Estado de precariedad

Decíamos que la precariedad es también una mutación en las relaciones de fuerza y, por supuesto, en el mapa sensible y afectivo. Así todo, la precariedad, en toda su disparidad, viene a iluminar una pedagogía de lo sensible en nuestras sociedades neoliberales. Dicho de otro modo, la condición precaria es, antes que nada, contagiosa, difusa y relacional, por eso su saber es un trasfondo sensible, de afecto y percepción en tanto cuerpos vivientes: “Hoy un robo (por más pequeño y *rastrero* que sea) te inocular una pregunta y puede desestabilizarte el mundo, desmoronarte una rutina y una forma de vida, hacerte replantear las horas de existencia invertidas en eso que te sacaron”.²² Si la propiedad se relacionaba con la posesión

²⁰ A. P. Maia, *De ganados y de hombres*, Buenos Aires, eterna cadencia, 2015, p.15 y 37.

²¹ G. Giorgi “Precariedad animal”, en *Boca de Sapo. Revista de arte, literatura y pensamiento*. Año XVII, Numero 21, Abril de 2016. Version on line disponible: <http://www.bocadesapo.com.ar/pdf/giorgi.pdf>

²² Colectivo Juguetes Perdidos, op.cit.p.74.

material, en el robo descrito por Colectivo Juguetes Perdidos, no solo hay pérdida de propiedad-mercancía, control y gestión de la inseguridad —el miedo—, sino como decíamos, también está la fragilidad anímica y vital de los entrecruzamientos, el desborde emocional, en resumen, el robo también puede desestabilizar emociones.

Aquí lo precario pasa por ese entre cuerpos, por ese espacio o espaciamiento que se traza entre vivientes y que también es irreductible a la forma inmunitaria del individuo propietario y soberano. Al mismo tiempo, la precariedad es un modo de afectación transversal entre grupos, individuos y cuerpos que comparten esa misma exposición y despojo radical. Lo precario es una fuerza afectiva que reubica los cuerpos en zonas de adyacencia mutua y contigüidad perceptiva. No obstante, el precario no representa un sujeto homogéneo, un imaginario afectivo de clase²³ o una matriz uniforme: la precariedad no ocurre sino de modos diferenciales, es decir, la vulnerabilidad común reconoce la desigualdad estructural y las diferentes graduaciones en el mapa social. Se trata de posiciones de clase, raciales, étnicas y de género que, por cierto, no siempre han sido atendidas en los estudios biopolíticos-foucaultianos y en el llamado *giro afectivo* en las ciencias sociales.

Si se considera que el estado de bienestar es un parpadeo histórico, en tanto fase delimitada en nuestras tradiciones sociales, lo precario refleja una nostalgia crónica y ese desencanto propio de un horizonte normativo en huida. En este sentido, la precariedad es una herramienta de análisis del presente neoliberal pero asimismo indica una cierta condición ontológica existencial —*per definitiomen* todas las vidas son vulnerables y se hallan expuestas a otras vidas, a lo que nos hacen los otros, recuerda Butler—. ²⁴ Todo ser vivo depende de redes sociales, de los trabajos de reproducción y hasta de los mundos circundantes de otros vivientes para su supervivencia. De suerte que las fantasías liberales e individualistas de aislamiento y protección, “mi vida, mi cuerpo, mis cosas”, se revelan como tales, no son más que fantasías de omnipotencia.

²³ L. Berlant, *Cruel optimism*, Durham and London, Duke University Press, 2010, p.195.

²⁴ J. Butler, *Prekarious life. The power of mourning and violence*, Londres, Verso, 2004. J. Butler, *Frames of war, When Is Life Grievable?*, Londres, Verso, 2009.

La noción de vida precaria es sugestiva porque nos habla de un *bios* que, en sus mismas condiciones de existencia, está en interdependencia vital, en redes de trabajo y cuidado con otros. Así, pues, la condición precaria es al mismo tiempo una reflexión sobre una vida y un viviente que, no coincide con lo humano y se define por ese entrecruzamiento y relacionalidad corporal (como indica el varón Jakob Von Uexküll, se trata de mundos circundantes o *Umwelten* de los vivientes). Desde allí se teje un reparto jerárquico y desigual de lo sensible –la precariedad como un efecto de las regulaciones políticas y jurídicas, precisamente–, cabe entender, algunas vidas están más expuestas al desamparo, la desprotección y el abandono que otras –de nuevo, la precariedad no ocurre sino de modos diferenciales–.

No resulta casual que hayamos ido buscando en estos materiales y, observado como tal, estas dos figuras en tensión: el supuesto trabajador y el precario, sin poder hacerlos entrar en conflicto, escindidos, en líneas paralelas pero no oblicuas o perpendiculares. El hábito de pensar la emergencia como hallazgo o descubrimiento novedoso encubre la significatividad que sólo se puede advertir cuando se observan *estratos temporales superpuestos* en los que las series adquieren sentidos por adición. Por eso hemos realizado esta operación en un momento liminar: el corazón del obrero trabajador todavía late aunque sus signos vitales se van debilitando poco a poco, las condiciones adversas se intensifican, aquellos sueños neodesarrollistas parecen haber dejado de respirar. Es posible reconocer aun el *teatro proletario* funcionando, observar el retorno y buscar las señales de vida, mientras hay tiempo, hasta otros centros de producción de significado, allí donde lo precario adquiere relevancia y anuncia un nuevo régimen de la percepción. Debemos advertir, si el gigante aguanta es porque la matriz simbólica sigue en pie. No es solo una crisis o tal vez una derrota política; desde este suelo –como fondo de época– se trata también de una mutación imperceptible, proceso subterráneo en las relaciones de fuerza y, por supuesto, en la composición química, en el mapa sensible y en los flujos afectivos. Y es ese tráfico, esa superposición de modelos –y no el trabajo o lo precario como objeto, hallazgo o descubrimiento– lo que nos interesa como tarea crítica del presente.